

OBSERVATORIO GLOBAL **MANUEL CASTELLS**

# Inmigración

La tradicionalmente tolerante Holanda acaba de decidir la expulsión de 26.000 inmigrantes en el plazo de tres años. Es una expresión más de la oleada de rechazo a la inmigración, racismo y xenofobia que se sucede en toda Europa. Es una tendencia profunda que puede llegar a ser determinante en las elecciones y, por tanto, en las instituciones de toda Europa. Así pues, en el mismo momento en que entrelazamos la suerte de 27 países europeos, con culturas y tradiciones diversas, lenguas mutuamente incomprensibles y niveles de desarrollo dispares, una proporción creciente de la población rechaza la multiculturalidad cotidiana. Más aún: al tiempo que Europa se integra en el mundo, el mundo se integra en Europa.

La globalización no es sólo deslocalización de empresas y flujos de capitales. Está hecha también de grandes flujos migratorios de distintas procedencias: la desesperación de la pobreza y la esperanza de un futuro mejor para los hijos suscita el espíritu emprendedor migratorio y hace que América Latina, África y Asia se conviertan, junto con el este de Europa, en una fuente continua de personas que buscan en las zonas ricas de Europa y América las oportunidades de vida y de trabajo que no les ofrecen sus países. Ante esa presión creciente de la inmigración y respondiendo a las demandas de la mayoría de sus ciudadanos, los gobiernos europeos elevan barreras, rasgan velos e incrementan las medidas policiales. Con poca eficacia, a juzgar por los resultados. Entre 1990 y 2000, llegaron a la Europa de los 15 más de 10 millones de inmigrantes registrados, además de los no contabilizados. Y es que la tendencia a la multiétnicidad y la multiculturalidad de las sociedades europeas es ya irreversible, por varias razones.

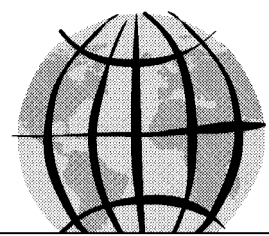
En primer lugar, porque millones de los que se llaman inmigrantes (turcos en Alemania, norteafricanos en Francia e Italia, pakistaníes e indios en Inglaterra, entre otros) son nacidos en esos países. Unos son ciudadanos y otros no, según las legislaciones. Pero Europa es su tierra. Y como su tasa de natalidad es más alta que la de las poblaciones autóctonas (al menos en la pri-

mera generación), su peso demográfico se va incrementando.

Pero, además, hay dos razones estructurales que hacen imparable la inmigración a gran escala. La primera es que el desfase de niveles de vida entre Europa y gran parte del mundo es cada vez mayor, aun a pesar del alto ritmo de crecimiento en algunas áreas de China y de India. En un mundo interrelacionado por imágenes y comunicaciones no hay policía capaz de parar el flujo migratorio, una vez que las redes de inmigrantes se han establecido. Tan solo el desarrollo global compartido puede permitir a las personas que se queden, a gusto, en su propio país. De hecho, esa fue la experiencia de la emigración española a Europa, que se detuvo, e incluso invirtió la tendencia, a partir del final de los setenta, cuando la democracia política y la mejora de las condiciones de vida permitieron quedarse dignamente en el país. Ni la pena de muerte por delito de lesa inmigración frena la tendencia: los centenares de cadáveres en las aguas del Estrecho son testimonio del valor de quienes tienen poco que perder.

La segunda razón es aún más decisiva: la absoluta necesidad que tiene Europa de la inmigración para paliar el declive de su población, mantener el crecimiento económico y reducir la tasa de dependencia de inactivos sobre activos que, de seguir incrementándose, haría difícil mantener la seguridad social y demás mecanismos de protección. Así, durante la década de los noventa, la población inmigrante supuso más de dos tercios del crecimiento de la población en la Europa de los 15, llegando en el 2000 a representar el 74,1% del incremento de la población europea. Países como España, cuya población había dejado de crecer, aumentaron de nuevo sus residentes gracias a la inmigración.

Para ejemplificar el tema, pasemos de lo global a lo local. María Antonia Mones y Josep Maria Carrera, del gabinete de estudios del Ayuntamiento de Barcelona, acaban de publicar un excelente estudio de prospectiva demográfica, del mercado de trabajo y de la vivienda en el área metropolitana de Barcelona en los próximos



**LA CUESTIÓN**  
no es cómo  
controlar la  
inmigración,  
sino cómo  
transformar  
nuestra sociedad  
a la necesaria  
multiculturalidad

veinte años. Según ese estudio, contando con un crecimiento económico medio entre el 2,5% y el 3% en los próximos 20 años, se necesita una tasa de crecimiento de la ocupación de un 1,1% anual para el conjunto del periodo, considerando niveles previsibles de aumento de productividad. Lo cual conduce a una estimación de unos 500.000 nuevos puestos de trabajo, que se sumarían a los dos millones de puestos de trabajo actuales. Al mismo tiempo, la previsión es de una pérdida de 109.000 personas en la población total proyectada al 2022.

Más pronunciado aún es el descenso de personas en edad de trabajar: 110.000 personas en el próximo decenio y otras 180.000 en el segundo decenio. Esto es debido sobre todo a que la población de más de 65 años pasaría del 16,6% actual al 22,8%.

Calculando las edades de la población ocupada, el estudio evalúa en 484.000 los inmigrantes necesarios para cubrir estos puestos de trabajo de los que depende el crecimiento económico. Añadiendo a ellos una estimación mínima de sus acompañantes familiares, se llega a una cifra de 709.000 nuevos inmigrantes (casi en su totalidad de fuera de España) que, añadidos a los actuales, situarían a la población de origen extranjero por encima de un 17% de la población de la región en el año 2020.

En suma: si no hacemos niños, si muchos más llegamos a viejos y a reviejos, si queremos continuar creciendo, vivir mejor y mantener (o incrementar) nuestro aún somero estado del bienestar, no hay más solución que la inmigración, aun contando con un incremento de la productividad. Si a ello unimos la importancia de la inmigración como fuente de emprendimiento y, para una minoría, su papel potencial en la mejora del capital humano de la región, la conclusión es que la cuestión no es cómo controlar la inmigración sino cómo transformar nuestra sociedad, y nosotros mismos, a la necesaria multiculturalidad que implica la inmigración. Sin perder la identidad y exorcizando la xenofobia, gangrena de la democracia. No es fácil, pero no hay opción. Continuará.

**BARRY RUBIN**

# Los regímenes radicales en Oriente Medio

Sean cuales sean los problemas a los que se enfrenta en el interior de Iraq, la decisión estadounidense de derrocar a Saddam Hussein parece positiva en el plano regional. Los regímenes radicales, mucho más temerosos tras la aplastante demostración de fuerza estadounidense, sienten ahora la necesidad de mostrarse cautos.

Aunque no se ha producido ningún efecto aparente en el comportamiento palestino —ni, por ende, en el conflicto israelo-palestino—, el resultado ha sido una serie de cambios reales o cosméticos en las políticas de Irán, Libia y

**EN SU INTENTO POR aplacar a la superpotencia, los regímenes radicales harán los cambios mínimos con que se conformen EE.UU. y el mundo**

Siria. El problema consiste, claro está, en diferenciar las transformaciones serias y los gestos de relaciones públicas. Con todo, incluso una moderación fingida puede tener un efecto ventajoso ya que reduce la agresividad de los regímenes extremistas. Cada uno de esos tres gobiernos radicales que quedan ha reaccionado a la situación a su manera.

El dictador libio Moammar El Gaddafi, el más débil y excéntrico, ha realizado el mayor

cambio. Para evitar las sanciones internacionales provocadas por la implicación de Libia en el atentado contra el avión de pasajeros estadounidense sobre Lockerbie (Escocia), entregó a un tribunal de los Países Bajos a dos responsables de los servicios de inteligencia para que fueran juzgados. A continuación, ofreció una compensación económica por las víctimas.

Ahora Gaddafi ha confesado sus intentos de conseguir armas nucleares, incluidos los detalles de la ayuda pakistaní. No es la primera vez que Gaddafi responde a la fuerza con una moderación aparente. Lo hizo también a finales de la década de 1980, tras el bombardeo estadounidense de su país y su residencia como represalia por un atentado patrocinado por Libia que mató a varios soldados de Estados Unidos en Alemania. La nueva orientación de Gaddafi será también temporal, pero no por ello resulta menos bienvenida.

La respuesta de Irán ha consistido en comprometerse a abandonar su programa de armas nucleares, así como a permitir mayores inspecciones de armas y restricciones sobre las centrales nucleares en construcción. Esas medidas se han saludado como un gran paso hacia delante por parte de Teherán, por más que no se haya producido cambio alguno en su apoyo al terrorismo ni en sus abiertas llamadas a la destrucción de Israel.

Además de tener a las fuerzas estadounidenses como vecinas en Afganistán e Iraq, el régimen iraní también se enfrenta a una consi-



JOAN CASAS

derable oposición interior que cada vez es más claramente proestadounidense. Se ha hablado mucho —y de forma exagerada— en el interior del país acerca de la posibilidad de una invasión por parte de Estados Unidos. Teherán parece creer, con una buena dosis de precisión, que es muy fácil engañar al mundo con unos pocos gestos menores.

Siria es el caso más interesante. El país se encuentra ahora rodeado por vecinos con los que se ha enemistado a causa de su apoyo al terrorismo: Israel, Turquía y las fuerzas estadounidenses en Iraq. También aquí gran parte de la respuesta es cosmética. El dictador del país, Bashar El Asad, sigue patrocinando grupos terroristas y negándose incluso a llevar a la práctica las promesas realizadas a Estados Unidos de cerrar sus oficinas en Damasco. También oculta dinero y equipo militar iraquí, además de ofrecer un refugio seguro a antiguos altos cargos del régimen de Saddam.

Al mismo tiempo, el régimen sirio se ha embarcado en un activo despliegue diplomático. Bashar ha visitado Turquía para suavizar las relaciones con ese vecino contra el que durante mucho tiempo ha patrocinado el terrorismo kurdo. Asimismo, ha hablado de negociar la paz con Israel. Se trata de la misma estrategia utilizada por su padre tras verse intimidado por la victoria estadounidense sobre Saddam en 1991. El problema reside en que, cuando Israel le ofreció aceptar su principal demanda, la devolución de los altos del Golan capturados en 1967 a cambio de una paz completa, Asad padre rechazó llegar a ningún acuerdo.

De modo que, en su intento por aplacar a una superpotencia muy decidida, los regímenes radicales realizarán en su comportamiento los cambios mínimos con que se conformen Estados Unidos y el mundo. ●

Traducción: Juan Gabriel López Guix